

Fernando Bouza, *EL LIBRO Y EL CETRO*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2005

[Reseña]

La Serie Mayor de estudios que edita el Instituto de Historia del Libro y de la Lectura nos ofrece ya la octava entrega. En esta ocasión es diseccionado e interpretado por Fernando Bouza el Índice manuscrito, de 1637, de los libros que fueron de Felipe IV (BNM, ms. 18791) y que el Rey Planeta, señor de dos mundos, tenía en la Torre Alta del Alcázar madrileño. El interés del autor por este precioso manuscrito –manifestado en alguna publicación previa al volumen que aquí se comenta–, así como el de Elena Santiago Páez, a mediados de los noventa, ha dado lugar al esperado fruto de la edición del Índice, que alcanza los 2249 cuerpos. El autor realiza una exhaustiva identificación de las ediciones y, en altísimo número, localiza los ejemplares, gran parte de los cuales se encuentran en la Biblioteca Nacional de Madrid. Sin duda, la publicación del Índice aporta materiales al estado presente de los estudios sobre lectura y coleccionismo cortesanos y sobre usos de la majestad, estudios que el propio Bouza viene impulsando desde finales de los años ochenta, cuando centró su atención en la Laurentina Escorialense y su orden de saberes. Ha recorrido así el autor el camino inverso que siguieron los libros trasladados desde el Alcázar a la gran fábrica de la sierra madrileña por decisión de Felipe II, que deseó aunar dinastía, fe y saber en un panteón real, monasterio y regia biblioteca, con un sentido de universalidad ajeno al concepto de privacidad que destilan los cajones de la Torre Alta en tiempos de Felipe el Grande, que es cuando la librería de la Torre Alta, también conocida por Dorada, alcanzó su época de esplendor.

El segundo de los Felipes, curiosamente, también pensó para la fundación Laurentina en una torre que fuera el destino de los volúmenes que componían la «librería rica», la formada por Calvete de Estrella en los años cuarenta, así como los libros heredados de doña Juana, de María de Hungría y de Carlos V, más los traídos por el nuevo monarca de Flandes e Inglaterra. Juan Bautista de Toledo concibió esta torre de cara a un estanque, pero Herrera cambió la idea situando la Biblioteca Regia donde hoy se ubica, frente a la majestad humana (Patio de los Reyes) y divina (Basílica). La contraposición entre las dos librerías, la escorialense y la alcazarina, es de diversa índole y la imagen lectora de Felipe IV, indudablemente y como bien refleja el libro, está unida a su disfrute de la Torre Alta. Pero, no obstante, conviene recordar el interés real en no descuidar la Laurentina; así, por ejemplo, en 1660 dará al Monasterio cuatrocientos reales de renta para encuadernar.

El presente estudio define elocuentemente el cambio en la consideración que del saber escrito se percibe en la mentalidad regia entre los tiempos de un monarca y de otro. Ya en el propio siglo XVI, desde la atalaya del trato de la realeza con las letras, varía la concepción de conocimiento. Entonces también se entiende por saber no solo el que otorgaban los textos latinos de los grandes autores del pasado, sino el que ofrecían las novelas y distintos géneros de poesías. Si Calvete adquiría libros para don Felipe minusvalorando los impresos en romance y dando primacía a los latinos, en 1589 el claustro de la Universidad de Alcalá regalaba a su hijo, siendo también príncipe, un manuscrito ricamente vestido que contenía canciones, sonetos y otras composiciones

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 44 (enero-marzo, 2006)

(AHN, Universidades, libro 1127, fols. 84-84v y 95), en un precedente de lo que sería el gusto del rey poeta por estas piezas. El predominio del romance y de traducciones en la Torre Alta lo subraya Bouza ya en la «Presentación» (págs. 14-15), haciéndolo contrastar con el deseo de universalidad de la biblioteca escurialense. Este practicismo no es solo por gusto literario sino por necesidad utilitarista, y basta para confirmar la tendencia observar la nutrida presencia en el Alcázar de títulos adscritos a materias como cartografía, navegación, milicia o cosmografía, junto a obras de historia, gobierno y estado y leyes del Reino. Otra muestra de que la biblioteca estaba apegada a la realidad es el reflejo de la circunstancia política europea, con presencia de títulos relacionados con la guerra con Francia en los años treinta. La riqueza de obras históricas y su consulta también lleva a la consideración de este espacio como taller historiográfico.

El estudio preliminar, que el autor pondera de breve e introductorio en la «Presentación» (pág. 12), en realidad hubiera podido formar un libro por sí mismo, debido a su volumen (ciento sesenta y cinco páginas), y sobre todo al alcance de su contenido que, más allá de introducir al lector, le brinda claves interpretativas y le hace consciente de la significación de la librería alcazarina.

El primer capítulo, que hace de marco, ofrece reflexiones sobre el concepto de sabiduría en el príncipe según autores coetáneos; en el segundo, con varios niveles explicativos, se trata de aspectos de materialidad y se enuncia la disposición de materias –eran cuarenta– en el Índice, de las cuales se trata con detalle en el capítulo tercero. Sin abandonar el segundo, se comentan cuestiones de la ubicación topográfica en los veintidós estantes (armarios), que acogían desde las *Excelencias de la monarchía y reyno de España*, de López Madera –del que, por cierto, hay cartas y menciones en el epistolario gondomariense de la Real Biblioteca–, a la *Utopía* de Tomás Moro. También trata Bouza de las calidades de Francisco de Rioja y su función en la librería como bibliotecario, de los anteriores poseedores de los ejemplares, de la cincuentena de manuscritos y de las lenguas presentes. En el tercer capítulo analiza el autor con minucia la *clavis librorum* que Rioja confecciona ese año de 1637 en función de los libros presentes y no de un orden de saberes predeterminado. Por último, el cuarto capítulo hace las veces de postrer escalón interpretativo, pues nos conduce al significado más alto de la librería al centrarse en los usos de lectura regia y sus consecuencias, como el gusto por la traducción que practicó el monarca, o un sentido educativo del saber, plasmado en la presencia asidua del príncipe Baltasar Carlos en la Torre Alta.

Tras el estudio preliminar se ofrece la transcripción del Índice y el catálogo, con identificación de la edición y localización del ejemplar cuando ha sido posible, y casi siempre lo ha sido. Siguen siete índices (autores y títulos, lenguas, cronológico, manuscritos, fechas de impresión, signaturas actuales y orden topográfico) que solventan la ausencia de un CD-ROM que hubiera sido de utilidad para búsquedas, dado el volumen de las entradas presente en el catálogo. Tras los repertorios bibliográficos –cuya amplitud da idea al lector del esfuerzo de identificación de ediciones realizado–, y bibliografía, cierran el libro los índices onomástico y de láminas.

Bouza subraya la gravitación de Olivares, gran coleccionista librario, en la conformación de la biblioteca de la Torre Alta, y en la presencia de Rioja como

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 44 (enero-marzo, 2006)

bibliotecario, criatura suya. Mas, en contraste, las librerías de monarca y valido se oponen en su concepción. Mientras la del cuarto Felipe es de disfrute y utilidad, la de don Gaspar pretende emular la Laurentina, pues atesoró códices medievales y joyas del conocimiento antiguo, como se ve por su Índice, publicado por De Andrés en 1973; baste recordar el *Chronicon Paschale*, hoy en el Vaticano. Esta idea de contraste se acentúa por el hecho de que la librería del Conde Duque estuvo también en el Alcázar hasta 1643. Pero la notable sociabilidad que transmite la librería de la Torre Alta se percibe no solo por los autores y títulos elegidos, sino por la específica encuadernación de los ejemplares. Se trata de una vitela que dista del lujo de muchas de las cubiertas presentes en la Laurentina, y que, sin embargo, elevaría en el futuro la consideración del pergamino para las ligaciones, en un precedente de gusto que luego fue seguido no solo en la misma Casa Real, con los trabajos que Francisca de Guzmán haría para la Real Capilla en los años veinte y treinta del XVIII, sino entre los bibliófilos particulares, alguno de la talla del IV Duque de Uceda, que mandaba cubrir sus libros en un característico pergamino verde (RB II/2965, por muestra). La privacidad que transmite esta encuadernación personalizada encuentra un complemento no material en determinadas prácticas de lectura, como la silente que practicaba el monarca, según declaración propia (págs. 15 y 149), un hábito que contrasta con la afición de Carlos V a escuchar el Belianís de Grecia, por ejemplo.

Fernando Bouza indica que tras la caída de Olivares el panorama ya fue otro, y el monarca, atendiendo a los conflictos portugués y catalán, cambió «el libro por la bengala». Ya no estaba Rioja, que fiel al valido, dejó la corte. Llegarían nuevos libros al Alcázar, con intervención de otras personas, como Alonso Lozano, librero encuadernador de la Inquisición que en cierta ocasión ya había sustituido a Baltasar de Oliveras como encuadernador real y que llegaría a ser nombrado librero de Cámara en 1647 (AGP, Administrativa, leg. 5243-exp. 2). Juró su oficio en junio de 1650 ante el duque de Medina de las Torres, otro de los grandes bibliófilos del siglo. Pero el fulgor del «diamante de librerías», como llamó Lope a la Torre Alta, ya no fue el mismo tras la década de los años treinta y cuarenta.

Virtud de *El libro y el cetro* es, también y principalmente, la de hacer vivir al lector esa edad de oro, a la vez doméstica y mayestática, de una biblioteca real tan felizmente recuperada...

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XII, 44 (enero-marzo, 2006)

Copyright ©



PATRIMONIO
NACIONAL

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca. Depósito legal: M-1496-1996.